

LAS DOS ALQUIMIAS

La alquimia es una ciencia muy antigua (probablemente tenga más de dos milenios y medio de antigüedad) que ha ido adoptando formas notablemente variadas, cargadas de matices. Como la filosofía o el alfabeto proviene de Oriente, pasó por el antiguo Egipto, por China y por la India, dejó su huella en Grecia y Roma, penetró en el mundo islámico y, al adentrarse en el medievo, aparece ya dividida en una doble vertiente: por un lado, se ejercitaba como una disciplina espiritual capaz de incrementar el conocimiento y que prometía devolver o preservar la salud, tanto la del cuerpo como la del espíritu. Por otro lado, se consideraba una práctica experimental que tenía como objeto la transformación de la materia, una clase de alteraciones que la escolástica había «prohibido» de manera teórica. Ambas corrientes confluían en la búsqueda de la «gran obra», constituida por la piedra filosofal y el elixir de la eterna juventud.

A la primera vertiente debemos la absorción de toda una serie de conocimientos que primero el pensamiento medieval y después la filosofía crítica moderna habían prohibido o despreciado: desde la cábala al hermetismo, pasando por una variedad asombrosa de cosmologías y metafísicas heréticas.

A la segunda vertiente debemos muchos procesos experimentales que más tarde serían mejorados y absorbidos por la ciencia experimental. Al arrancar la época científica, la alquimia, con independencia de su base teórica o experimental más o menos hermética, empieza a desarrollar los rudimentos de la química moderna. Aunque desplazada por las academias y los centros donde el saber se mezclaba con el poder y la autoridad, y con frecuencia perseguidos por la Iglesia, muchos científicos y pensadores de primer orden (Roger Bacon, Tomás de Aquino, Tycho Brahe, Thomas Browne, Lull...) intentaron profundizar en estos conocimientos esotéricos con el propósito no sólo de incrementar por una vía desprestigiada

el conocimiento común, sino con la intención de situarlo bajo la luz de la observación.

Newton se interesa por la alquimia en una fase ya desarrollada de la ciencia moderna. Al girar la vista atrás podía ver las luchas y las aportaciones de Galileo, Bruno, Bacon o Brahe. Buena parte de sus descubrimientos y audacias teóricas se despliegan en un ambiente intelectual favorable. A nadie se le hubiese ocurrido quemarle vivo por formular la ley de la gravitación universal.

Sobrepasa totalmente las posibilidades de esta edición dictaminar qué movió a Newton (religioso a su manera y una mente científica como el mundo jamás había contemplado) a sumergirse en el estudio de la alquimia, un residuo de las antiguas prohibiciones. ¿Codicia? ¿Nostalgia de una salud plena? ¿Aspiración a la inmortalidad? Las promesas de la alquimia son tan sugestivas y afectan al meollo de los deseos humanos de una manera que ningún hombre parece libre de sus tentaciones (y mucho menos ajeno a ellas).

Tampoco podemos descartar la curiosidad agitada de Newton como agente provocador: que sintiese una curiosidad y una atracción por las cosmologías y metafísicas enterradas por la autoridad escolástica y despreciadas por Descartes y Bacon (y sus respectivos discípulos), pero que seguían recorriendo, a veces ocultos en una poesía para iniciados, los textos alquímicos.

En algún momento, durante la preparación de estos textos, he conjeturado que quizás una mente como la de Newton, que había obtenido tantos logros en el ámbito de la especulación, sintiese el anhelo de ampliar su éxito en el plano del ejercicio práctico del laboratorio, entregado a las transformaciones.

Como de costumbre, la verdad, sea la que sea, está estratificada, y es posible que en una medida u otra la dedicación alquímica de Newton beba de todas estas fuentes.

TEXTOS Y CUADERNOS

Laboriosos como su maestro, la tribu de los newtonianos ha sometido el cuerpo textual de su ídolo a toda clase de estudios y cálculos. Sabemos, por ejemplo, que Newton escribió tres millones seiscientas mil palabras (redondeo por cortesía) y que dedicó millón y medio a la filosofía, un millón a la ciencia y casi un millón más a la teología, fruto de una dedicación de cinco décadas.

Las leyendas del newtonismo sitúan la toma de contacto con las ciencias ocultas a finales de la década de los sesenta. Sus cicerones fueron Isaac Barrow y Henry More. El primero, gran viajero, devoto y bibliófilo, ha pasado a la historia por sus estudios sobre la tangente. La vida del segundo transcurrió en gran parte retirado en los bosques donde desarrolló la hipótesis de la *spissitude*: una suerte de cuarta dimensión espacial donde se prolongaba y extendía el reino espiritual.

Tras relacionarse y estudiar con estos personajes, los newtonianos aseguran que Newton se construyó un cobertizo en el jardín trasero de su casa, que allí instaló un horno de fuego perpetuo y se proveyó de todo lo indispensable para disfrutar de un pequeño (y privado) laboratorio alquímico. Pese a que el ejercicio de la alquimia era ilegal en la Inglaterra del siglo xvii, los libros sobre el asunto circulaban (al menos entre entendidos) con cierta alegría. Las dos primeras aportaciones de Newton fueron *Theatrum Chemicum* y *The Vegetation of Metals*. Tras estas dos intenciones teóricas tempranas (acompañadas por una secuencia impresionante de fracasos prácticos), Newton se refugió en el estudio. Sus dos obras alquímicas más importantes reflejan este prolongado e ingrato aprendizaje: *Praxis* es un texto donde comenta con detenimiento su traducción del *Triomphe Hermétique* de Didier; el *Index Chemicus* fue compuesto de manera lenta y trabajosa con el mismo ánimo sistemático, con el que quiso aclarar de una vez por todas la fecha exacta del juicio final y

se propuso organizar y sistematizar las prácticas y ejercicios concretos que se agitan como un sistema nervioso oculto bajo la expresiva poesía (con frecuencia tan hermética) de los principales textos alquímicos. En este trabajo de aclaración no puede decirse que el denuedo de Newton lograra éxitos deslumbrantes. La lectura de estos textos deja al lector con más preguntas que cuando los empezó.

Algunos newtonianos presuponen que el interés de Newton por el ocultismo no radicaba tanto en la expectativa de alcanzar el dominio sobrenatural de las mentes y la obtención de metales preciosos que promulgaba la sección más oscura de la alquimia, sino más bien en un intento de lograr una mejora general de la medicina, ante cuyo ejercicio Newton manifestó siempre un desprecio considerable (la consideraba un acopio de saberes sin contrastar).

Otros están convencidos de que la práctica alquímica era un intento de explorar por otras vías el conocimiento sobre la misma materia que estudiaba desde la vertiente científica; en esta línea se enmarca el tratado *De Natura Acidorum*, donde Newton mezcla la química de los ácidos con la fuerza de la atracción molecular en lo que los estudiosos consideran un entrañable fracaso.

Sea como sea, el paso de la mente y la energía de Newton sobre el conjunto de saberes y destrezas alquímicos no tuvo el efecto revolucionario que logró sobre por lo menos cinco ramas de la ciencia; de hecho, ni siquiera desprendió el aliento polémico que cosecharon sus desvelos teológicos (ahí queda su correspondencia con Locke). Después de varias décadas de dedicación, la alquimia seguía siendo una región oscura, por cartografiar, dominada por una poesía tan excelente como hermética al servicio de técnicas y ejercicios inseguros, por contrastar. Tras la muerte de Isaacus Neuutonius, la alquimia seguía a la espera de un Newton capaz de aclarar sus presupuestos y organizar sus logros.

¿Ameritan estos esfuerzos secundarios (por no decir terciarios) de Newton en relación a su obra, y un tanto

irrelevantes en el sinuoso curso de la alquimia, una edición en castellano? Sin duda siempre es bueno disponer de ediciones en castellano de cualquier texto y no parece un propósito peregrino disfrutar en nuestro idioma de tantas palabras como podamos de los casi cinco millones que escribió; pero imagino contadísimos lectores capaces de entretenerse (ya no digo entusiasmarse) leyendo las especulaciones sobre la acidez y los variados índices que constituyen el grueso de su obra esotérica.

Por fortuna, el empeño alquímico de Newton no se reduce a los experimentos en el cobertizo secreto y a la redacción de obras farragosas. Uno de los tesoros secretos de la obra newtoniana son sus cuadernos o papeles alquímicos, de los que se alimenta, convenientemente espigados, esta edición.

Aunque escritos de puño y letra por el propio Newton, los textos que encontramos en estos cuadernos alquímicos no proceden de su inventiva. Newton recoge textos de distinta procedencia, extensión y género, de manera que lo que aquí traducimos es una antología de textos decisivos de la alquimia reunidos por la mente científica (a decir de los especialistas) más importante de todos los tiempos. Poemas, tratados, notas de laboratorio, epístolas, confesiones, cosmologías... que Newton no se limita a copiar, que ni siquiera se limita a traducir, sino que va comentando y alterando con sus anotaciones con una libertad y una determinación impresionantes.

De manera que si bien la autoría de estos textos no puede atribuirse con criterios decimonónicos a Newton, su elaboración constante nos remite a los *collages* y a las apropiaciones de T. S. Eliot o de Pound, que nos ofrecen (enseguida vuelvo a esto) una clave de lectura. Y suponen, además, una escotilla para contemplar confortablemente lo que pasaba por la mente de Newton cuando se preocupaba por las cuestiones alquímicas. Son textos leídos, digeridos, copiados, comentados y ampliados por el propio Newton, que de una masa casi inmanejable elabora un montaje preciso y muy personal. Como dirían los cinéfilos: en este libro disfrutamos de «el montaje de Newton».

LA LECTURA DE LOS CUADERNOS

A medida que los textos viajan por el tiempo van recubriéndose de capas de significación. Si hiciésemos un corte transversal al texto cada uno de estos estratos o capas, sería una manera de leer o disfrutar los distintos escritos, una orientación que propone «juegos» distintos con la misma combinación de palabras y de frases.

Leídos, editados y releídos los cuadernos de alquimia de Newton, se me ocurren por lo menos tres maneras de enfrentarse al placer que ocultan estas páginas.

En primer lugar, pueden leerse como una introducción a la alquimia para el lector lego, y también como una manera de recrearse en un compendio de lo mejor de lo mejor en estos saberes (al menos para la mente científica más importante de la historia) si uno tiene ya cierta formación. Cuesta imaginar un lector que no sienta curiosidad o un estremecimiento al sumergirse por primera vez en las aguas de unos saberes tan antiguos como el hombre.

En segundo lugar, el libro puede leerse teniendo presente la obra de Newton tanto por sus logros como científico como por sus inquietudes de teólogo (se sugieren aquí paralelos entre las variadas metafísicas ocultistas y la doctrina oficial del catolicismo). Esta lectura es reversible: permite iluminar por comparación los intereses, vamos a llamar «públicos», de Newton, y si le damos la vuelta facilita entrever qué le faltaba a la práctica alquímica (y qué semillas contenía) para desembocar en la ciencia. Al fin y al cabo este libro es también, entre otras muchas cosas, un interesantísimo compendio de prácticas de laboratorio.

Finalmente, casi nos arrastra a leerlo como una secuencia de poemas (en el sentido más amplio de la palabra) de fuerza inusitada. Poemas que están muy lejos de los equilibrios serenos de la poesía clásica y también del lirismo intimista de la poesía del XIX, pero que de manera un tanto inesperada

(pero incontestable) entronca con muchas de las tradiciones poéticas y literarias del siglo xx. ¿No hay en el hermetismo mucho de la acumulación de figuras sin referente que articula los célebres poemas simbolistas? ¿No escuchamos en los numerosos monólogos dramáticos de este libro voces muy parecidas a las que suenan en los poemas de T. S. Eliot? ¿No alientan las cosmologías que contiene una energía que recuerda a los cuervos y las *gaudettes* de Ted Hughes?

Da igual la estrategia de lectura que adopte el lector, en todas encontrará audacia, concentración expresiva y desafío. Palabras que convendría añadir desde hoy al polifacético retrato del increíble Isaacus Neuutonus, nuestro Isaac Newton.

Diciembre de 2017

COSMOGONÍA

Dios se valió de un fuego invisible, inmortal e incomprensible para el hombre para crear la primera materia indivisa (de la que emana el alma inmortal) al principio del tiempo, cuando estaba solo, en la oscuridad indivisa y confusa. No se sirvió de la palabra como suele insinuarse, sino de este poder elevado, divino y oculto. Tampoco se sirvió de los cuatro elementos que le valieron para formar la tierra, el cielo, el sol, la luna y las estrellas. Este fuego espiritual, el mismo que conforma el alma humana, es anterior a la palabra y a los elementos.

En ese mismo caos Dios forjó los cuatro elementos y de estos cuatro elementos derivó todas las cosas del mundo que tanto le complacieron. Los cuatro elementos son el agua, la tierra, el aire y el fuego. De ellos se desprenden los tronos del cielo, los ángeles, el sol, la luna y las estrellas; el cielo, la tierra y los mares, y el infierno.

El cielo lo forjó usando los elementos más elevados combinados con los más vulgares, sin emplear el fuego. Y en el escenario del espacio colocó el sol, la luna y las estrellas; estos cuerpos sí contienen fuego, pero mezclados con otros elementos; si el sol, la luna y las estrellas estuviesen formados sólo por el fuego brillarían con la modestia exacta del alma humana, que como dije antes está compuesta exclusivamente de materia indivisible y fuego primigenio, que no debe confundirse con el fuego como elemento. El sol y la luna contienen también aire, el aire puede ser brillante y claro, pero no resplandece y quema como sí lo hace el fuego. La verdadera majestad de Dios se manifiesta en el fuego.

De la composición del alma no participa ninguno de los cuatro elementos. La respiración del hombre, derivada de su alma, es fría y húmeda, seca y ardiente, porque combina la fuerza del sol y la sutileza de la luna.

Ahora que sabemos cuándo y cómo se formó el alma humana (un compuesto de sustancia primera y fuego primigenio que Dios elaboró en una solitaria oscuridad, conteniendo su palabra bendita y santa) podemos preguntarnos: ¿el alma del hombre fue formada antes de que fuera visible la forma del cuerpo que la aloja?

Se trata de una pregunta muy importante. Pero no me siento con el ánimo de responderla de manera taxativa sin el permiso explícito de Su Divina Majestad. Creo que Dios tomó todas esas decisiones y las ejecutó de manera instantánea sin seguir un plan prefijado, pero no puedo demostrarlo, así que lo que sigue son conjeturas, como quien asegura que Dios hizo que el espíritu agitase el cuerpo del agua al principio de los tiempos.

Creo que la carcasa material del hombre fue creada después de que Dios hubiese forjado ya el sol y la luna, las estrellas, la bola de la tierra y todo lo que ella contiene. Esta carcasa quedó impura en el paraíso por la mácula del pecado original, pero fue purificada por la pasión y la muerte de nuestro señor Jesucristo. Dios forjó el alma del hombre a su imagen y semejanza, una criatura que aspira a la justicia y a la bondad, pero su envoltorio fue amasado con la baba sucia de la tierra, con materia corrupta: desperdicios segregados por los campos de la tierra. Una combinación basta y vulgar de los cuatro elementos animada por el poder de un Dios capaz de transformar el polvo estéril en agua, el agua en aire, el aire en fuego y el fuego en tierra (pues el hombre es una criatura sólida), y la tierra en un hombre.

Así fue como la imagen de Dios empezó a caminar sobre la tierra, porque el cuerpo del hombre contiene el alma, emblema de Dios; y lo que era polvo es ahora el templo de una brizna de divinidad. Bendita sea Su Majestad, amén.

El hombre se aproxima más a la imagen de Dios cuando vive puro, en santidad, libre de pecado, tanto de palabra como

de obra; de la misma manera que el cuerpo se aproxima más al ideal de belleza cuando su cabeza y sus extremidades y su tronco respetan las leyes de la proporción.

Adán, el primer hombre, caminaba por la tierra como la viva imagen de Jesucristo. Era tan perfecto como Dios, pues ni el examen más estricto hubiese encontrado la menor marca de la maldad en sus manos ni rastros de astucia en su boca.

Escucha bien, mi querido amigo, mi discípulo: al principio de los tiempos, cuando Dios forjó la tierra, no había necesidad alguna de que lloviese. Todo estaba recubierto de polvo, y de ese polvo amasó Dios el cuerpo del hombre. Después Dios envió una neblina fecunda para que pudieran crecer sin esfuerzo las plantas y los árboles. Fue entonces cuando la carcasa de polvo de la tierra se transformó en una sustancia viscosa y quedó cubierta de agua espermeática colmada de vida, que se fue infiltrando hacia el útero secreto y oscuro de la tierra.

Esta de la que te hablo y no otra es la materia prima que rige la concepción y la propagación natural de los seres. Esta es la sustancia que el primer hombre retuvo en su organismo. La misma sustancia que la tierra transformará en fuego y que regresa a la superficie en forma de un vapor claro y puro, con el que se forman las nubes que flotan sobre el agua celestial. Esta sustancia puede moverse por el cielo a diferentes alturas, de manera que se diseminó por el espacio como una capa finísima que diversos factores climáticos pueden volver a espesar para que adopte de nuevo una forma vaporosa o caiga como agua más densa y condensada para penetrar de nuevo la tierra y volver a entrar en su vientre, donde contribuye a enfriarla, humedecerla y fecundarla. Una vez allí depositada, la tierra volverá a cobijarla y a nutrir el fuego que a veces estalla entre las nubes en forma de relámpago. Y puedes estar bien seguro de que esta sustancia que viaja por las hendiduras de la tierra como la sangre caliente y húmeda circula por las venas del cuerpo se condensó en su momento para dar cuerpo a la masa espesa de los huesos y la carne.

Toda esta conversión natural de los elementos se realizó por obra de Dios todopoderoso, y gracias a esta intervención

el cuerpo del hombre está proporcionado y en equilibrio; así como la salud y el equilibrio del alma se la debemos a la acción redentora de Jesucristo, nuestro único salvador.